

# Peronismo

● José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

**114** La violencia ocupa el centro de la escena





anticomunista sino porque le pide a la URSS que sea más comunista. Lo que en el Che es un rechazo a la burocracia soviética, pero jamás al comunismo, en Perón es un rechazo al comunismo. “Enemigo del peronismo”. Por decirlo así: el peronismo es la nación. El comunismo no. El comunismo es la sinarquía. El peronismo no es internacionalista. No hay un socialismo. Para Marx, Castro, el Che y Allende el socialismo es uno. Allende introduce la novedad del socialismo “democrático y pacífico”. Elimina la etapa de la dictadura del proletariado (que Marx considera su más grande aporte a la historia de las ideas, gravísimo error de su parte). Pero –como sea– para todos ellos el socialismo es la toma del poder por la clase obrera, la expropiación de las clases dominantes, la reforma agraria y el reemplazo del sistema de producción capitalista. Para Perón, la revolución nacional y popular se agota en la lucha antiimperialista. Pero siempre marcará que hay *dos imperialismos*: el yanqui y el soviético. Esto le permitirá ser un líder popular anticomunista. Podríamos concluir –simplificando pero acaso aclarando– que durante su primer gobierno, sobre todo mientras Evita está a su lado, es el líder popular el que actúa, el que hace toda la formidable obra social que siempre la historia le reconocerá. Pero en el tercer gobierno –1973/1974– aflora con inusitada furia el líder anticomunista. Lo que no deja de tener su explicación. Perón perdió el control de sí mismo en su lucha contra la juventud peronista. Esa pérdida de control determinó que –ante un rival que se definía como socialista y ejercía la lucha armada– surgiera lo peor de sí: el milico, el hombre de orden, el nacionalista, el anticomunista beligerante. Y será –como no habría podido ser de otro modo– este *anticomunista beligerante* el que llevará la violencia al centro de la escena. Volveremos sobre esto. Hacemos aquí una totalización primaria, una totalización en curso.

Quisiera aclarar que lo que acaba de leerse juega a favor de la figura de Perón, de la posible –siempre difícil– comprensión de su figura histórica. Porque lo primero que surge cuando se compara su actitud con los comunistas chilenos que llegan exiliados a nuestro país y su carta sobre el Comandante Guevara de 1967 es una encendida indignación. Y más de uno estará creyendo que hemos buscado eso. Todo lo contrario. Perón mentía mucho menos de lo que suele creerse. Tenía la habilidad de manejarse con un encuadre filosófico-político amplio, como tantas veces lo dijo. Pero siempre aparece lo que él es: un militar, un defensor del orden (de ese orden que todo militar está creado para respetar: la disciplina en todas sus formas), un nacionalista, un agente del bienestar del pueblo, de sus organizaciones sindicales y un profundo, convencido anticomunista. Porque Perón no quiere “reemplazar” el sistema de producción capitalista. No quiere “tomar el poder”. El “poder” es el Estado. Y si en el Estado está él, en el Estado está el pueblo. El pueblo no tiene que “tomar” el poder. Eso lleva al triunfo de los burócratas y al Estado colectivista, ateo, que anula al individuo. El Estado peronista le da al obrero lo que éste necesita. El Estado peronista es él, es Perón. Es en esa forma que el pueblo tiene el poder. Lo tiene si lo tiene Perón. Porque Perón es el pueblo, el primer trabajador. La tarea del pueblo será siempre defender a Perón. Los límites de esa defensa también los fijará Perón. Y son los siguientes: el pueblo deberá defender a Perón exactamente hasta ese punto en que el sistema –al cual Perón también y hasta en mayor medida representa– corra el riesgo de quebrarse. Sobre todo si ese riesgo proviene de un desborde de las masas. Ya que si las masas –por su energía y su potencia en defender a Perón– se encuentran a las puertas de ir más allá de Perón, aquí el líder las frenará. Jamás correrá este riesgo. Este es también el más profundo motivo de su huida en 1955. Nada le aseguraba al líder nacional-popular que si se decidía por el combate no corriera el riesgo de –al no tener más remedio

que convocar a las masas– ser superado por ellas. Un militar de orden no desata una guerra civil que puede terminar con un levantamiento insurreccional incontrolable.

La *ficción* a partir de la que trabajó la militancia juvenil y que Perón alimentó (sin dejar jamás de traslucir su verdadera cara, con mayor o menor grado de veladuras) fue que el líder nacionalista y popular de los lejanos años ‘50 había evolucionado (como el mundo todo: ¿o no se marchaba necesariamente en esa dirección?) hacia el socialismo. Sin embargo, ya hemos señalado que en el film de Solanas y Getino, el viejo general repite esencialmente los conceptos de *Conducción Política*. Incluso en las definiciones que da de las nuevas formas doctrinarias que entrega a los jóvenes: socialismo nacional, trasvasamiento y actualización doctrinaria. De las tres consignas la más mentirosa es la de la actualización doctrinaria, de aquí que sea la primera y central que Perón baja en el discurso del 21 de junio. En cuanto al socialismo nacional, resulta claro qué decidió hacer en 1973: *eliminó el socialismo y mantuvo lo nacional*. Lo nacional se opone a lo internacional. Lo internacional es el marxismo. Llegó la hora de destruirlo en nombre de la Nación. Esta sola y hasta sutil variación conceptual transformó a la juventud maravillosa en la juventud cuestionada, infiltrada, apátrida, imberbe, mercenaria y marxista a la que decidió arrojarle el tenebroso lumpenaje asesino de la Triple A.

Sin embargo, la cuestión es más compleja. Es tan compleja que quiero aclarar que lo que yo expongo *no es ni pretendo* que sea la verdad. Que no creo que se pueda establecer nunca una verdad sobre estos hechos. Que –por otra parte– establecer *una* verdad sería cosificarlos. Hay que dejarlos vivir. El que pretenda tener la verdad se quedará ahí para siempre: cosificado en ella. (Algunos lo necesitan: creer en *una* verdad es un anclaje seguro. Las personas necesitan anclajes. Necesitan valores firmes. Creencias. Toda creencia es un lago en el alma. Un lugar quieto, calmo. Una certeza a la que aferrarse. Una identidad. Nadie quiere revisar su identidad. Si están cómodos con lo que son querrán seguir siendo eso para siempre. Por ejemplo, peronistas. Aunque ya no sepan qué es *ser* peronistas. O les quede apenas una vaga idea. No importa. Es mejor que nada. “No jodan con Perón”.) Ya estudiaremos el juego de verdades que se dio en el año 1973. Fueron muchas. Decir cuál fue la verdad de todas las verdades será imposible. Suele ocurrir que por cada cosa que uno afirma aparece alguien con un documento desde el que pretende negarla. O uno encuentra en otro autor otra posición que –a menudo– está correctamente fundamentada. O encuentra que está usando materiales que también utiliza –distorsionándolos– uno de esos periodistas que pretenden ser historiadores y tienen la profundidad de análisis de una pileta *Pelopincho*. Que Sergio Bufano –que escribe con dolor cosas que habría preferido no escribir– es utilizado por Gambini para apoyar el mismo asunto de la lesa humanidad que se busca instrumentar desde *Operación Traviata*, tal como vimos. Entonces, ¿qué hay que hacer? ¿Decirle a Bufano que se calle porque “le hace el juego al enemigo”? Eso, a cada rato, me lo dicen a mí. Pero la cuestión, más allá del “enemigo”, es la honestidad, decir lo que uno cree y decirlo con todos los fundamentos, con todas las fuentes que se puedan manejar. Y también con la experiencia y la hondura y la penetración laboriosa para el estudio filosófico-político de procesos de alta complejidad. Por más que se me muestre la correspondencia entre Perón y el general legista de Allende –Carlos Prats– no creo que Perón haya estimado a don Salvador. De lo contrario, los exiliados chilenos no habrían sido tratados como perros. O Perón no se hubiera encontrado con Pinochet. No me quedan dudas que el anticomunismo le jugó fuerte en sus decisiones. Por otra parte, si bien escribí: “Perón perdió el control de sí mismo en su lucha contra la juventud peronista. Esa pérdida de control determinó que –ante un rival que se

definía como socialista y ejercía la lucha armada– surgiera lo peor de sí: el milico, el hombre de orden, el nacionalista, el anticomunista beligerante. Y será –como no habría podido ser de otro modo– este *anticomunista beligerante* el que llevará la violencia al centro de la escena”. Este párrafo tiene un error: La violencia ya estaba en el centro de la escena. Perón vuelve a afirmarla en ese lugar cuando hace redactar el *Documento Reservado*. Pero este temible documento surge a raíz de un hecho intolerable. Para Perón y para el país: el asesinato de Rucci. Pocos *acontecimientos* han perjudicado tanto a la política y la civilidad en la Argentina. No sé quién mató a Rucci. Sé que los Montoneros asumieron ese crimen. Eso lo sabemos todos. Si lo asumieron, fueron ellos. Así lo interpretó Perón. Impulsa entonces el *Documento Reservado*. Tenemos –necesariamente– que ponernos en su lugar. Si bien pierde el control ante la juventud peronista –es decir, ante los Montoneros, porque sabe que es esta organización la que maneja los hilos y tiene las armas– no es menos cierto que la Tendencia hizo todo lo posible para que lo perdiera, para que ya no tuviera más paciencia. La conducción de Montoneros –y Perón lo sabía muy bien–, antes que hacer política, deliraba y, si había asesinado a Rucci, no tenía nada en la cabeza, de política entendía menos y estaba contra el país. ¡Más del 62% de los votos! En algunas provincias se llega al 70%. ¿Quiénes suponían que habían elegido a Perón? ¿Los gorilas o “el pueblo peronista”? Señores, no hablen más del “pueblo peronista” si actúan en contra de lo que elige. Nunca se ha visto un dislate mayor: una Orga armada que dice representar a un pueblo y hace lo contrario de lo que ese pueblo, claramente, en elecciones libres, elige. Perón dijo: “Me cortaron las piernas”. Dijo más, dijo algo más íntimo, se le podrá creer o no, pero fueron las palabras que salieron de su boca: “Perdí a un hijo”. Claro: perdió al hijo que necesitaba para gobernar. El asesinato de Rucci (¡a sólo dos días del pronunciamiento popular!) arruinó la posibilidad de un país en paz, democracia y desarrollo económico. Porque –alguien *fundamental* a quien aún no mencionamos– estaba con Perón y con Rucci en la conducción del país: José Ber Gelbard. ¡Un judío comunista! ¿Cómo? ¿Perón no era nazi? Pone a un judío en el Ministerio de Economía. ¿Cómo? ¿Perón no era anticomunista? Pone a un comunista de excelentes relaciones con la Unión Soviética. *Sin el asesinato de Rucci todo habría sido distinto*. Me atrevo a decir esto por algo tan sensato como esencial: *Perón habría vivido más*. ¿Cuánto tiempo de vida le quitó un golpe como éste? No hay perdón para los asesinos de Rucci. Se asesinó la esperanza de miles de personas. Toda la militancia peronista estaba satisfecha con el triunfo electoral. El trabajo de masas no se hace en medio de las balas y los cadáveres. Y los militantes querían el trabajo de masas y no los fierros. El *Pacto Social* no era malo. La *Ley de Contrato de Trabajo* que impulsaba Rucci en respaldo de Perón... léanla hoy. Es revolucionaria. Lo digo como lo decimos con los amigos durante los tiempos que han corrido, a la luz de los acontecimientos. Rucci era Lenin al lado de lo que Ubaldini y la CGT de los ‘90 aceptaron de Menem. Entonces, ¿cómo no iba a perder Perón el control? El *Pacto Social* –la trinidad Perón, Gelbard, Rucci– habría frenado a López Rega. ¿Entonces? Aun si no fueron los Montoneros los matarifes del líder de la CGT, ¿cómo se les ocurre asumir algo así? ¿Qué tenían en la cabeza? Vaya uno a saber. Esa muerte no les convenía en absoluto. De aquí que me incline por otras posibilidades en tanto reales, objetivas. Siempre sospecho de López Rega y de la larga mano de la CIA. Pero, de todas las posibilidades, una sola se realizó. La de la organización armada que gritó enseguida: “Fuimos nosotros”. También podrían haber dicho: “Nosotros hicimos fuego contra el 62% del país”. Bravo, eso sí que es representar a las masas.

Colaboración especial:  
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO  
DOMINGO

El tiempo no,  
la sangre

IV Domingo 24 de enero de 2010